

Tiempo para amar

Las vidas del Miembro más antiguo de las familias Howard (Woodrow Wilson Smith; Ernest Gibbons; capitán Aaron Sheffield; Lazarus Long; «Alegre» Daze; su Serenidad Serafín el Menor, sumo sacerdote del Único Dios en todos sus aspectos y árbitro de todo lo inferior y superior; prisionero proscrito n° 83M2742; el juez Lenox; el cabo Ted Bronson; el Doctor Lafe Hubert; y otros), Miembro más anciano de la raza humana. Este relato se basa sobre todo en las propias palabras del Miembro más antiguo tal y como se han recogido en muchos momentos y lugares y sobre todo en la clínica de rejuvenecimiento Howard y en el palacio ejecutivo de Nueva Roma, en Secundus, en el año 2053 después de la Gran diáspora (año gregoriano 4272 del Viejo Hogar Terra), y se ha completado con cartas y relatos de testigos presenciales, todo ello organizado, cotejado, condensado y (donde fue posible) conciliado con los archivos oficiales y las historias contemporáneas, tal y como ordenaron los administradores de la fundación Howard y ejecutó el archivista emérito de Howard. El resultado tiene una importancia histórica única a pesar de la decisión del archivista de dejar en el texto flagrantes falsedades, alegaciones interesadas y muchas anécdotas amorales muy poco adecuadas para los jóvenes.

Introducción

SOBRE LA ESCRITURA DE HISTORIA

«La historia tiene la misma relación con la verdad que la teología con la religión, es decir, ninguna digna de mención».

—L.L.

La Gran diáspora de la raza humana, que empezó hace más de dos milenios cuando se descubrió el motor Libby-Sheffield, y que continúa hasta nuestros días y no muestra ninguna señal de disminuir, hizo que la escritura de la historia como un único relato (o incluso como muchos relatos compatibles) fuera imposible. Ya en el sigloXXI (gregoriano)* del Viejo Hogar Terra, nuestra raza era capaz de duplicar su número tres veces a lo largo de cada siglo, dados el espacio y las materias primas necesarias.

La campaña de la estrella proporcionó ambas cosas. El *homo sapiens* se extendió por todo este sector de nuestra galaxia a un ritmo muy superior a la velocidad de la luz y se multiplicó como la levadura. Si la duplicación se hubiera producido según el potencial del sigloXXI, la cifra sería ahora del orden de $7 \times 10^9 \times 2^{68}$; una cantidad tan grande que desafiaría nuestra comprensión emocional. Solo sirve para los ordenadores:

$$7 \times 10^9 \times 2^{68} = 2.066.035.336.255.469.780.992.000.000.000,$$

o más de dos mil millones de billones de trillones de personas, o una masa de proteínas veinticinco millones de veces más grande que la masa entera del planeta nativo de nuestra raza, Sol III, Viejo Hogar.

Absurdo.

Digamos que sería absurdo si no hubiera tenido lugar la Gran diáspora, ya que nuestra raza, tras alcanzar el potencial de duplicarse tres veces cada siglo, también había entrado en una crisis bajo la que no podría duplicarse ni siquiera una vez; esa curva en la ley de crecimiento de la levadura por la cual una población puede

* A lo largo de todo el texto se utilizan fechas terráneas gregorianas ya que no se sabe de ningún otro calendario, ni siquiera el galáctico estándar, que sea conocido con certeza por los eruditos de todos los planetas. Los traductores deberían añadir las fechas locales por mor de la claridad. J.F. 45°

mantener una precaria estabilidad de crecimiento cero solo mediante el asesinato de sus propios miembros a una velocidad suficiente..., a menos que se ahoguen en sus propios venenos, se suiciden por medio de una guerra total o tropiecen con alguna otra forma de solución final maltusiana.

Pero la raza humana no ha crecido (creemos) hasta alcanzar esa monstruosa cifra porque la cifra básica de la Diáspora no debe calcularse en siete mil millones sino en unos cuantos millones al principio de la Era, más las innumerables centenas, pequeñas pero siempre crecientes, de millones de personas que desde entonces han emigrado de la Tierra y de sus planetas colonizados a lo largo de los últimos dos milenios, para continuar hacia lugares todavía más distantes.

Pero ya no somos capaces de realizar un cálculo razonado del número de personas que componen la raza humana, como tampoco tenemos un recuento aproximado de los planetas colonizados. Todo lo más que podemos decir es que debe de haber más de dos mil planetas colonizados y más de quinientos mil millones de personas. Los planetas colonizados quizá sean el doble de ese número, y la raza humana podría tener cuatro veces más. O incluso más.

Así que hasta los aspectos demográficos de la historiografía se han convertido en una tarea imposible; los datos están anticuados cuando los recibimos y resultan siempre incompletos, y sin embargo son tan numerosos y su fiabilidad es tan variable que varios cientos de seres humanos/ordenadores pertenecientes a mi personal se mantienen ocupados intentando analizarlos, cotejarlos, interpolarlos y extrapolarlos y sopesarlos comparándolos con otros datos antes de incorporarlos a los archivos. Intentamos mantener un estándar de un noventa y cinco por ciento de probabilidad en los datos corregidos, ochenta y cinco por ciento de fiabilidad si somos pesimistas; nuestros mayores logros están más cerca del ochenta y nueve y el ochenta y uno por ciento respectivamente, y están empeorando.

Los pioneros no se preocupan demasiado de enviar registros a la oficina central; están muy ocupados sobreviviendo, haciendo niños y matando todo lo que se pone en su camino. Una colonia suele ir ya por la cuarta generación cuando empiezan a llegar los primeros datos a esta oficina.

(Y no puede ser de otro modo. Un colono demasiado interesado por las estadísticas se convierte él también en una estadística... en forma de cadáver. Yo mismo tengo intención de emigrar; y una vez que lo haya hecho, me va a importar muy poco si esta oficina me sigue la pista o no. Me he mantenido fiel a este trabajo, inútil como es, durante casi un siglo, en parte por los incentivos y en parte por disposición genética: soy descendiente directo y absoluto del mismísimo Andrew Jackson Slipstick Libby. Pero también descendo del Miembro más antiguo y he heredado (creo) parte de su naturaleza inquieta. Quiero seguir a los gansos salvajes y ver lo que está pasando ahí fuera, casarme otra vez, dejar una docena de descendientes en un planeta lozano que no esté demasiado poblado y luego (si es posible) seguir adelante. Una vez que haya cotejado las memorias del Miembro más antiguo, los administradores pueden, según el antiquísimo modismo del susodicho Miembro, coger este trabajo y metérselo donde les quepa).

¿Qué clase de hombre es nuestro Miembro más antiguo, mi ancestro, es probable que también el suyo, y desde luego el ser humano vivo más viejo de todos, el único hombre que ha tomado parte en todo el espectáculo de la crisis de la raza humana y en su superación a través de la Diáspora?

Pues la superación se ha producido. Nuestra raza podría perder ahora cincuenta planetas, cerrar filas y seguir adelante. Nuestras gallardas mujeres podrían reemplazar las bajas en una sola generación. Tampoco es que parezca probable que algo así vaya a ocurrir; hasta estos momentos no hemos encontrado ni una sola raza que sea tan mala, desagradable y letal como la nuestra. Una extrapolación conservadora indica que alcanzaremos en número esa absurda cifra antes mencionada dentro de unas cuantas generaciones más; y saldremos de esta galaxia rumbo a otras antes de terminar de colonizar esta. De hecho, los informes del exterior indican que las naves colonizadoras intergalácticas de la humanidad ya se dirigen a las Profundidades Sin Fin. Son informes que no se han verificado, pero las colonias más viriles siempre están muy lejos de los centros más poblados. O eso esperamos.

En el mejor de los casos, la historia es algo difícil de comprender; en el peor, es una colección sin vida de archivos cuestionables. Cobra vida a través de las palabras de los testigos presenciales..., y nosotros no tenemos más que un testigo cuya vida abarca los veintitrés siglos de crisis y la Diáspora. El siguiente ser humano más anciano cuya edad esta oficina ha podido verificar solo tiene algo más de mil años. La teoría de la probabilidad hace que sea posible que, en algún lugar, haya una persona que tenga la mitad de esa edad, pero es tanto matemática como históricamente seguro que no hay ningún otro ser humano vivo hoy en día que haya nacido en el siglo xx*.

Algunos podrían cuestionar que este «Miembro de más antigüedad» sea el miembro de las familias Howard nacido en 1912, y también el «Lazarus Long» que guió a las familias en su huída del Viejo Hogar en 2136, etc., señalando que todos los antiguos métodos de identificación (huellas dactilares, reconocimiento de la retina, etc.) se pueden ahora rebatir. Cierto, pero estos métodos eran los más adecuados en su época, y la fundación de las familias Howard tenía razones muy concretas para utilizarlos con cuidado; el «Woodrow Wilson Smith» cuyo nacimiento se registró en la fundación en 1912 es desde luego el «Lazarus Long» de 2136 y 2210. Antes de que estas pruebas dejaran de ser fiables, se complementaron con pruebas modernas e imbatibles basadas primero en transplantes clónicos y, en fechas más recientes, en una identificación absoluta de los patrones genéticos. (Es interesante observar que apareció un impostor hace unos tres

* Cuando las familias Howard se apoderaron de la nave espacial *Nuevas fronteras* solo había unos cuantos que tuvieran más de 125 años, y todos ellos (salvo el Miembro más antiguo) están muertos, en momentos y lugares recogidos por los archivos (excluyo el extraño y es posible que mítico caso de la vida en muerte de la anciana Mary Sperling). A pesar de la ventaja genética y del acceso a las terapias para prolongar la vida conocidas por todo el mundo con el nombre de «la opción de la inmortalidad», el último murió en el año 3003 del calendario gregoriano. Según los archivos, parecería que la mayor parte murió tras rechazar nuevos tratamientos de rejuvenecimiento, y esa sigue siendo la segunda causa más habitual de muerte hoy en día.

siglos, aquí en Secundus, y que se le proporcionó un nuevo corazón procedente de un pseudocuerpo clonado del Miembro más antiguo. El trasplante lo mató). El Miembro más antiguo cuyas palabras se citan aquí tiene un patrón genético idéntico al de ese trocito de tejido muscular que le extrajo a «Lazarus Long» el doctor Gordon Hardy en la nave espacial *Nuevas fronteras* alrededor de 2145, y que luego cultivó para realizar investigaciones sobre la longevidad. QED.

¿Pero qué clase de hombre es? Debe juzgarlo usted mismo. Al condensar estas memorias y reducirlas a una extensión más manejable, he omitido muchos incidentes históricos verificables (la materia prima está disponible en los archivos para los estudiosos), pero he dejado mentiras e historias poco probables porque parto de la base de que las mentiras que cuenta un hombre dicen más verdades sobre él (cuando se analizan) que la «verdad».

Está claro que este hombre es, según los valores morales habituales en las sociedades civilizadas, un bárbaro y un pícaro.

Pero no son los hijos los que deben juzgar a sus padres. Las cualidades que lo convierten en lo que es son, precisamente, las que se necesitan para sobrevivir en una selva... o en una frontera salvaje. No olviden la deuda que tienen todos con él, tanto genética como histórica.

Para comprender la deuda histórica es necesario revisar un poco de historia antigua, parte tradición o mito, parte hechos tan comprobados como el asesinato de Julio César. La fundación de las familias Howard se estableció con el testamento de Ira Howard, que murió en 1873. Ese testamento ordenaba a los administradores de la fundación que utilizaran su dinero para «prolongar la vida humana». Esto es un hecho.

La tradición dice que redactó este testamento enfadado con su propio destino, pues se encontró con que moría de «senectud» a los cuarenta y tantos años; muerto a los cuarenta y ocho años, soltero y sin prole. Así que ninguno de nosotros lleva sus genes; su inmortalidad reside solo en un nombre y en una idea: que la muerte se podía evitar.

En aquel tiempo, morir a los cuarenta y ocho años no era inusual. Se lo crean o no, en aquellos tiempos la esperanza media de vida era ¡de unos treinta y cinco años! Pero no de senilidad. Las enfermedades, el hambre, los accidentes, los asesinatos, las guerras, los partos y otros tipos de violencia acababan con los seres humanos mucho antes de llegar a la vejez. Pero un ser humano que superara todos estos obstáculos todavía podía esperar la muerte de senectud entre los setenta y cinco y los cien años, más o menos. Muy pocos llegaban a los cien; sin embargo, cada grupo de población tenía su diminuta minoría de «centenarios». Hay una leyenda sobre «el viejo Tom Parr», que se supone que murió en 1635 a los ciento cincuenta y dos años. Sea cierta o no esta leyenda, los análisis de probabilidad de los datos demográficos de esa época demuestran que algunos individuos deben de haber vivido un siglo y medio. Pero lo cierto es que eran muy pocos.

La fundación empezó su trabajo como un experimento de cría pre-científico, pues nada se sabía entonces de genética. A los adultos con antecedentes longevos se les animaba a copular con otros como ellos; el incentivo era el dinero.

Como era de esperar, el incentivo funcionó. Y como era también de esperar, este experimento también funcionó, era el método científico que utilizaron durante siglos los ganaderos antes de que naciera la ciencia de la genética: la cría como medio de reforzar una característica, y luego la eliminación de los más débiles.

Los archivos de las familias no muestran cómo se eliminó a los primeros débiles; se limitan a mostrar que se eliminó a algunos miembros de las familias (raíz y ramas, a todos los descendientes) por el imperdonable pecado de morir de senectud a una edad demasiado temprana.

Cuando se produjo la crisis de 2136, todos los miembros de las familias Howard tenían una esperanza de vida de más de ciento cincuenta años, y algunos habían superado esa edad. La causa de esa crisis parece increíble, sin embargo todos los documentos, tanto internos como externos a las familias, están de acuerdo. Las familias Howard corrían un peligro extremo provocado por el resto de los seres humanos, simplemente porque vivían «mucho tiempo». La razón de que eso fuera así hay que buscarla entre los psicólogos de masas, no en un documentalista. Pero es la verdad.

Los detuvieron y los concentraron en un campo de prisioneros, y estuvieron a punto de torturarlos hasta la muerte en un intento de arrancarles el «secreto» de la «eterna juventud». Hecho, no mito.

Y aquí entra en la historia el Miembro más antiguo. Gracias a su audacia, un talento especial para mentir de forma convincente y lo que a la mayor parte de la gente le parecería un placer infantil en la búsqueda de la aventura por la aventura y la intriga, el Miembro más antiguo logró llevar a cabo la evasión más grande de todos los tiempos. Robó una primitiva nave espacial y escapó del sistema solar con todas las familias Howard (que entonces estaban formadas por unos 100.000 hombres, mujeres y niños).

Si les parece imposible (tantas personas y una sola nave), recuerden que las primeras naves espaciales eran muchísimo más grandes que las que ahora utilizamos. Eran planetoides artificiales autosuficientes que pretendían permanecer muchos años en el espacio con velocidades inferiores a la de la luz; tenían que ser enormes.

El Miembro más antiguo no es el único héroe de ese éxodo. Pero en todos los relatos, diferentes y en ocasiones contradictorios, que nos han llegado, él siempre fue la fuerza motora. Fue nuestro Moisés, el que sacó a su pueblo de la esclavitud.

Los volvió a traer a casa tres cuartos de siglo más tarde (2210), pero no para esclavizarlos. Pues esa fecha, el Año uno del calendario galáctico estándar, señala el comienzo de la Gran diáspora..., provocada por una presión demográfica extrema en el Viejo Hogar Terra y hecha posible gracias a dos nuevos factores: el para-motor Libby-Sheffield, como se conoció entonces (no era un «motor» en el verdadero sentido de la palabra, sino un medio de manipular los espacios dimensionales-n), y la primera técnica (y la más sencilla) para alargar la vida de forma efectiva: sangre nueva cultivada in vitro.

Las familias Howard provocaron todo ello solo con escapar. Los humanos efímeros que se quedaron en Terra, todavía convencidos de que las familias

longeas poseían un «secreto», se pusieron a intentar averiguarlo por medio de una amplia y sistemática investigación y, como siempre, la investigación dio resultado por pura casualidad: no ese «secreto» que en realidad no existía, sino algo que era casi igual de bueno: una terapia, y con el tiempo un haz de terapias para posponer la senectud y aumentar el vigor, la virilidad y la fertilidad.

La Gran diáspora fue entonces tan necesaria como posible.

El gran talento del Miembro más antiguo (aparte de su habilidad para mentir de forma improvisada y convincente) parece haber sido siempre un extraño don que le permitía extrapolar las posibilidades de cualquier situación y luego retorcerlas para que se adaptaran a sus propósitos. (Él lo dice así: «tienes que tener una intuición especial para saber lo que hace saltar a la rana». Los psicometristas que lo han estudiado dicen que tiene un gran talento paranormal expresado en forma de «percepciones» y «suerte», pero lo que el Miembro más antiguo tiene que decir sobre ellos es bastante menos cortés. Como documentalista, me abstengo de dar mi opinión).

El Miembro más antiguo vio de inmediato que esta bendición en forma de juventud prolongada, aunque se prometía a todos, quedaría de hecho limitada a los poderosos y sus nepotismos. A los miles de millones de ilotas no se les podía permitir superar su esperanza de vida normal; no había sitio para ellos a menos que emigraran a las estrellas, en cuyo caso habría sitio para que cada ser humano viviera tanto tiempo como pudiera soportar. Cómo explotó esto el Miembro más antiguo no siempre queda claro; al parecer utilizó varios nombres y muchos frentes. Sus corporaciones clave terminaron en manos de la fundación, luego se liquidaron para trasladar la fundación y a las familias Howard a Secundus, a petición suya; nuestro ancestro ya había reservado «las mejores propiedades» para sus parientes y descendientes. Un sesenta y ocho por ciento de los que entonces vivían aceptó el reto de las nuevas fronteras.

La deuda genética que tenemos con él es tanto indirecta como directa. La deuda indirecta reside en el hecho de que la emigración es un mecanismo de clasificación, una selección darwiniana forzada mediante la cual las razas superiores se van a las estrellas mientras que las inferiores se quedan en casa y mueren. Lo cual es cierto incluso en el caso de los transportados por la fuerza (como ocurrió en los siglos XIV y XV), salvo que en este caso la clasificación tiene lugar en el nuevo planeta. En una frontera salvaje, los débiles y los inadaptados mueren; los fuertes sobreviven. Incluso aquellos que emigran de forma voluntaria deben superar esta segunda y drástica selección especial. Las familias Howard han sido sometidas a este tipo de matanzas selectivas al menos tres veces.

La «deuda» genética que tenemos con el Miembro más antiguo es incluso más fácil de demostrar. Una parte solo necesita unas sencillas reglas aritméticas. Si vive usted en cualquier lugar que no sea el Viejo Hogar Terra, y casi con toda seguridad es así si está leyendo esto, a la vista del miserable estado en el que se encuentran en la actualidad «las bellas colinas verdes de la Tierra», y puede contar entre sus ancestros aunque solo sea con un miembro de las familias Howard (y la mayor parte de ustedes pueden), entonces con casi toda probabilidad usted descende del Miembro más antiguo.

Según las genealogías oficiales de las familias, esta probabilidad es de un ochenta y siete coma tres por ciento. Usted descende también de muchos otros miembros del siglo xx de las familias Howard si descende de cualquiera de ellos, pero aquí solo hablo de Woodrow Wilson Smith, el Miembro más antiguo. En el momento en que se produjo la crisis de 2136 casi una décima parte de la generación más joven de las familias Howard descendía del Miembro más antiguo «de forma legítima», y con eso me refiero a que cada nacimiento vinculado se recogía en los archivos de la familia y la ascendencia se confirmaba por medio de las pruebas de las que disponían en ese momento. (Ni siquiera se conocía la clasificación de los tipos de sangre cuando comenzó el experimento de cría, pero el proceso de selección letal hizo que lo más conveniente para la mujer fuera que no se descarriara, al menos fuera de las familias).

A estas alturas, la probabilidad acumulativa es, como he dicho, del ochenta y siete coma tres por ciento si tiene algún ancestro Howard, pero si tiene un ancestro Howard de una generación más reciente, sus probabilidades aumentan hacia un cien por cien real.

Pero, como estadístico, tengo razones para creer (respaldado por análisis informáticos de tipos de sangre, tipos de cabello, color de ojos, recuento de dientes, tipos de encimas y otras características que responden al análisis genético), muchas razones para creer que el Miembro más antiguo tiene muchos descendientes no documentados en las genealogías, tanto dentro como fuera de las familias Howard.

Por decirlo con suavidad, es un viejo sinvergüenza cuya semilla está esparcida por toda esta parte de nuestra galaxia.

Tomemos los años del Éxodo, después de que robara el *Nuevas fronteras*. No se casó ni una vez durante todos esos años, y los archivos de la nave y las leyendas basadas en memorias de aquella época sugieren que era, según un antiguo modismo, «uno de esos que odian a las mujeres», un misógino.

Quizá. Los archivos bioestadísticos (más que las genealogías), cuando se analizan, sugieren que no era del todo inasequible. El ordenador que lo analizó incluso me apostó dinero a que había más de cien retoños engendrados por él durante esos años (rechacé la apuesta; ese ordenador me gana al ajedrez, aunque yo disponga de una torre de ventaja).

No lo encuentro sorprendente en vista del énfasis casi patológico que se ponía en la longevidad entre las familias de esa época. El varón más viejo, si seguía siendo viril (y él desde luego lo era), se habría visto sometido a tentaciones sin fin, oportunidades interminables por parte de mujeres ansiosas por tener retoños con su misma y demostrada superioridad; «superioridad» según el único criterio que respetaban las familias Howard. Podemos suponer que el estado civil no importaría mucho; todos los matrimonios de las familias Howard eran matrimonios de conveniencia (el testamento de Ira Howard se aseguraba de eso), y pocas veces duraban toda la vida. El único aspecto sorprendente es que fueran tan pocas las mujeres fértiles que consiguieron hacerlo caer, cuando no cabe duda de que había muchas miles dispuestas a intentarlo. Pero él siempre se levantó de un salto.

Sea como sea; si hoy en día veo a un hombre con el cabello rojizo, la nariz grande, la sonrisa fácil y encantadora y una expresión ligeramente salvaje en los

ojos gris verdosos, siempre me pregunto si el Miembro más antiguo ha pasado hace poco por esa parte de la galaxia. Si ese extraño se me acerca, me llevo la mano a la cartera. Si me habla, me hago el propósito de no hacer apuestas ni promesas.

¿Pero cómo es que el Miembro más antiguo, que solo era un miembro de tercera generación del experimento de cría de Ira Howard, consiguió sobrevivir y permanecer joven durante sus primeros trescientos años de vida sin un proceso de rejuvenecimiento artificial?

Una mutación, claro está, lo que sencillamente viene a decir que no lo sabemos. Pero a lo largo de los varios procesos de rejuvenecimiento a los que se ha sometido, hemos aprendido un poco sobre su estructura física. Tiene un corazón de un tamaño excepcional que late muy lento. Solo tiene veintiocho dientes y ninguna caries, y parece ser inmune a las infecciones. Jamás se ha sometido a ninguna operación quirúrgica, salvo para curar heridas o para someterse a los procesos de rejuvenecimiento. Sus reflejos son muy rápidos, hasta un punto extremo, pero siempre parecen una reacción razonada, así que se puede cuestionar la corrección del término «reflejo». Sus ojos jamás han necesitado ninguna corrección, ya sea de lejos o de cerca; su alcance auditivo es anormalmente alto, anormalmente profundo y extraordinariamente fino en todo su alcance. Su percepción de colores incluye el índigo. Nació sin prepucio, sin apéndice vermiforme... y al parecer sin conciencia.

Me alegro de que sea mi ancestro.

Justin Foote el 45°

Archivista jefe, fundación Howard.

PREFACIO DE LA EDICIÓN REVISADA

En esta edición popular resumida, el apéndice técnico se ha publicado de forma separada para dejar espacio para un relato de las acciones del Miembro más antiguo después de abandonar Secundus y hasta su desaparición. Por insistencia del editor de las memorias originales se ha incluido un relato apócrifo y obviamente imposible de los últimos acontecimientos de su vida, pero no se puede tomar en serio.

Carolyn Briggs

Archivista jefe

Nota: Mi encantadora y docta sucesora en el cargo no sabe de qué está hablando. Con el Miembro más antiguo, lo más fantástico es siempre lo más probable.

Justin Foote el 45°

Archivista jefe emérito.

Preludio I

Cuando la puerta de la *suite* se dilató, el hombre que estaba sentado mirando por la ventana con gesto taciturno se dio la vuelta.

—¿Quién coño es usted?

—Soy Ira Weatheral de la familia Johnson, antepasado, presidente interino de las familias.

—Pues le ha llevado un buen rato. No me llame «antepasado». ¿Y por qué solo el presidente interino? —gruñó el hombre de la silla—. ¿Es que el presidente está demasiado ocupado para verme? ¿Ni esa consideración merezco? —No hizo ningún movimiento para levantarse, ni invitó a su visitante a sentarse.

—Mis disculpas, sire. Yo soy el jefe ejecutivo de las familias, pero ya hace tiempo, varios siglos, que es costumbre que el jefe ejecutivo ostente el título de «presidente interino»..., por si se da la posibilidad de que usted aparezca y tome el martillo.

—¿Eh? Ridículo. Hace mil años que no presido una reunión de los administradores. Y «sire» es casi peor que «antepasado», llámeme por mi nombre. Hace ya dos días que lo he mandado llamar. ¿Ha tomado la ruta escénica para venir? ¿O es que se ha revocado la regla que me da derecho a disponer de la atención del presidente?

—No soy consciente de la existencia de esa regla, Miembro más antiguo; seguramente es de mucho antes de mi época. Pero para mí es un honor y mi obligación, y un placer, servirle en cualquier momento. Será para mí un placer y un honor llamarlo por su nombre si me dice cómo se llama ahora. En cuanto al retraso, treinta y siete horas desde que recibí su citación, las he pasado estudiando inglés antiguo, ya que me dijeron que no respondía a ningún otro idioma.

El Miembro más antiguo parecía un poco avergonzado.

—Es cierto que no me defiende muy bien con la jergonza que hablan aquí, últimamente me falla un poco la memoria. Supongo que he estado de mal humor para contestar incluso cuando lo entendía. Nombres... Se me ha olvidado con qué nombre me registré cuando aterricé aquí. Mmm, «Woodrow Wilson Smith» era el nombre de mi adolescencia. Nunca lo usé mucho. «Lazarus Long» es el nombre que con más frecuencia he utilizado; llámeme «Lazarus».

—Gracias, Lazarus.

—¿Por qué? No sea tan formal, coño. Ya no es ningún crío, o no sería presidente. ¿Cuántos años tiene? ¿De verdad se ha tomado la molestia de aprender mi idioma materno solo para atenderme? ¿Y en menos de dos días? ¿Lo

aprendió desde cero? A mí me lleva al menos una semana añadir un nuevo idioma, y otra semana para pulir el acento.

—Solo tengo trescientos setenta y dos años estándar, Lazarus; algo menos de cuatrocientos años de la Tierra. Aprendí inglés clásico cuando acepté este trabajo, pero como lengua muerta, para que me permitiese leer los viejos archivos de las familias en el idioma original. Lo que he hecho desde su citación fue aprender a hablarlo y entenderlo... en el dialecto de la Norteamérica del siglo XX, su «idioma materno», como usted ha dicho, ya que eso es lo que el analizador lingüístico ha calculado que estaba usted hablando.

—Una máquina muy lista. Quizá hable como lo hacía de joven; dicen que es el único idioma que el cerebro nunca olvida. Entonces debo de estar hablando con ese acento áspero del cinturón de maíz donde nací, igual que una sierra oxidada..., mientras que usted habla con una especie de alargamiento de las palabras típico de Texas, con una capa superpuesta del inglés británico de Oxford. Muy extraño. Supongo que la máquina escoge entre sus continuos la versión que más se parece a la muestra que le introdujeron.

—Eso creo, Lazarus, si bien las técnicas implicadas no son mi campo. ¿Le cuesta entender mi acento?

—Oh, no, ninguno en absoluto. Su acento está bien; está más cerca del americano educado corriente de aquella época que el acento que aprendí yo de niño. Pero puedo seguir cualquier cosa, desde el acento australiano de las plantaciones de eucaliptos al de Yorkshire; el acento no supone ningún problema. Es tremendamente amable por su parte que se haya molestado tanto. Muy acogedor.

—Es un placer. Tengo cierto talento para los idiomas; no fue ninguna molestia. Intento ser capaz de hablar con cada uno de los administradores en su idioma nativo; estoy acostumbrado a empollar uno nuevo con rapidez.

—¿Es eso cierto? Aun así es muy cortés por su parte; me he sentido como un animal en el zoo sin nadie con quién hablar. Esos idiotas... —Lazarus inclinó la cabeza para señalar a dos técnicos de rejuvenecimiento, ataviados con equipo de aislamiento y cascos de sentido único, que esperaban tan lejos de la conversación como permitía la habitación— no saben inglés; no puedo hablar con ellos. Bueno, el más alto lo entiende un poco, pero no lo suficiente para chismorrear. —Lazarus silbó y señaló al más alto—. ¡Eh, tú! ¡Una silla para el presidente, venga, rápido! —Sus gestos dejaron claro lo que quería. El técnico más alto tocó los controles de una silla cercana; esta se alejó rodando, dio la vuelta y se detuvo a una cómoda distancia de Lazarus.

Ira Weatheral le dio las gracias a Lazarus, no al técnico, y se sentó; luego suspiró cuando la silla lo tanteó y lo abrazó. Lazarus dijo:

—¿Cómodo?

—Bastante.

—¿Quiere tomar algo de comer, beber? ¿Quiere fumar? Quizá tenga que servirme de intérprete.

—Nada, gracias. ¿Pero me permite pedirle algo?

—Ahora no. Me ceban como a un ganso... Una vez me dieron de comer a la fuerza, malditos sean. Ya que estamos cómodos, vamos a seguir con esta asamblea